

**Un día cualquiera en la vida
de don Pedro Grullo.**

DE LA VIOLENCIA DE LAS REDES SOCIALES
O ¿LA HUMANIDAD SALVAJE?

—
Adalberto Ayala

*La tercera función de estas instituciones
de sometimiento consiste en la creación de un nuevo
y curioso tipo de poder.*

*¿Qué forma de poder se ejerce en estas instituciones?
Un poder polimorfo, polivalente.*

— MICHEL FOUCAULT, *Estrategias de poder*

“Toda técnica nos modifica”, pensó el señor Pedro Grullo al teclear tan sabia sentencia en su computador. Soltó un fuerte suspiro al *click*ear send. “Un *tweet* más”, murmuró.

—No comprendo, se dijo don Pedro, con esta tecnología podría ser más famoso que nunca, que me *twitearan* una y otra vez, estar en todos lados, muchas veces y cada vez más, tener “amigos” por millones, que todos me reconocieran en cualquier sitio, en cualquier momento, podría ser una gran celebridad, así como tantos otros que se pasean ufanos en las redes, aunque sea fugazmente. Al parecer la perogrullada está totalmente fuera de moda, conexión-desconexión, es lo de hoy.

El día languidece, don Pedrogrullo lleva incontables horas frente al computador y, por supuesto, sólo el dolor en la espalda y de unas nalgas que ya no encuentran forma de acomodarse, los ojos agotados y rojizos, le dicen que un día más ha pasado sin más que buscar y buscarse en un ciberespacio que se lo ha tragado todo, que ha engullido las horas y los días, los lugares y las geografías que los envuelven, las emociones y los sentidos, el espacio y el tiempo, los rostros y los cuerpos, las palabras y su contenido. *Resetear, tagear, facebuquear, twitear, pinear, renderear, forwardear, bloguear, linkear*, accesar son algunos de los verbos de un nuevo lenguaje que paulatinamente aumenta su léxico, al parecer son las formas de una nueva vida, la vida líquida de la modernidad líquida.

Si ahora la vida adquiere una forma líquida procedente de una forma aparentemente sólida ¿cómo es que se licuó?, ¿qué o quién la licuó? No deja de parecer ciertamente violento ese acto, si bien todo cambio encierra su cuota de transgresión, de desgarramiento, de atropello, de angustia y dolor. ¿Cuál podría ser, entonces, la condición de la violencia en las nuevas tecnologías? ¿Cómo aludir a ello sin emparentar con nuestro querido Pedro Grullo?

Dos autores considerablemente lejanos entre sí por sus concepciones y enfoques sugieren componentes comunes: la sociedad de consumo y el estatus de consumidores. Jeremy Rifkin¹ y Zygmunt Bauman² aluden, no sin cierta perogrullada, a que la promesa de satisfacción de la sociedad de consumo se basa en la formación de un umbral permanente de insatisfacción en un círculo altamente dinámico, y que esta condición daría pie a comportamientos y relaciones radicalmente distintas entre los individuos.

De forma más precisa Bauman señala que:

[...] la sociedad de consumo consigue hacer permanente esa insatisfacción. Una de las formas que tiene de lograr tal efecto es denigrando y devaluando los productos de consumo poco después de que hayan sido promocionados a bombo y platillo en el universo de los deseos del consumidor. Pero hay otra vía (más eficaz todavía) oculta de la atención pública: el método de satisfacer cada necesidad / deseo / carencia de manera que sólo pueda dar pie a nuevas necesidades / deseos / carencias. Lo que empieza como una necesidad debe convertirse en una compulsión o en una adicción.³

Consumir es la divisa, valor de uso por valor de cambio por valor de consumo.

Estos tres momentos de la configuración del valor (uso, cambio, consumo), tal vez puedan señalarnos la ruta entre el mundo sólido y la vida líquida de nuestro presente. Tecnología, productivismo, explotación, alienación, ideología (progreso y civilización), capital, serán los senderos por medio de los cuales se ha caminado de un punto a otro hasta llegar a este momento llamado sociedad de consumo.

1. Jeremy Rifkin, *El fin del trabajo*. México, Paidós, 1996.

2. Zygmunt Bauman, *Vida líquida*. Barcelona, Paidós, 2006.

3. *Ibid.*, p. 110.

Desde mediados del siglo XIX es una pedrada decir que la tecnología, y el progreso que conlleva, es la nueva ruta de la felicidad humana y de su desarrollo hacia una suerte de eternidad que rebasa cualquier paraíso, la tecnoutopía se instaló en la mente y en los corazones de prácticamente toda la humanidad. Por ello es moneda corriente (valor de cambio de don Pedro Grullo) asumir que cualquier nuevo alarde de la tecnología es un paso más hacia la tierra prometida. Desafortunadamente, un siglo después dos grandes tenazas nos aprisionaron para empezar a dudar sobre la validez de ciertas perogrulladas, dos guerras mundiales y la catapulta tecnológica asociada al gran capital. Por eso, vale la pena preguntarse si acaso el nuevo cantar de las sirenas digitales, mal llamado redes sociales, es la materialización de nuestros sueños de la felicidad tecnológica o una forma más sofisticada y sutil de la esclavitud humana.

Por supuesto deben considerarse aquellas voces de Pedro Grullo que de inmediato se alzan a coro para señalar “no es la tecnología sino la forma en que se utiliza ésta”, o también que “la humanidad ha sido esclava de algo o de alguien desde su surgimiento como tal”. Sin embargo habría que considerar también que la técnica cada vez responde menos a la satisfacción de las necesidades elementales para concentrarse en la producción de artículos y servicios que generen ganancias monetarias. Esto es, la relación entre las intenciones y la forma en que ha evolucionado la tecnología, y aun el pensamiento científico, queda constreñida en la dominación y el sojuzgamiento, pues sin estas modalidades de las relaciones humanas (¿podría haber otras?, se pregunta don Pedro) no habría apropiación privada de la riqueza producida socialmente, ni acumulación de capital, ni consumismo de masas, ni desarrollo económico capitalista (¿podría haber otro?, insiste Pedro Grullo).

La ecuación entre tecnología, dominación y capital revela, me-

dante sus más recientes alardes digitales, sus nuevos monstruos: el tiempo aprisionado y la disolución de la capacidad de percepción-abstracción. Sobre el primero de ellos Michel Foucault nos propone su antecedente en *Los intelectuales y el poder*:

En la sociedad feudal, y en muchas sociedades que los etnólogos denominan primitivas, el control de los individuos se realiza esencialmente mediante la inserción local, por el hecho de que pertenecen a un determinado lugar. El poder feudal se ejerce sobre los hombres en la medida en que éstos pertenecen a una determinada tierra. La inscripción geográfica local es un medio de ejercicio del poder. El poder se inscribe en los hombres a través de su localización. En oposición a esto, la sociedad moderna que se forma a comienzos del siglo XIX es, en el fondo, indiferente o relativamente indiferente a la pertenencia espacial de los individuos; no se interesa por el control espacial de los individuos en razón de que pertenecen a una tierra, a un lugar, sino simplemente porque tiene necesidad de que los hombres pongan su tiempo a su disposición. Es necesario que el tiempo de los hombres se ofrezca al aparato de producción; que el aparato de producción pueda servirse del tiempo de vida, del tiempo de existencia de los hombres. Esto explica que el control se ejerza de esta forma y para esto. Para que la sociedad industrial se forme son necesarias dos cosas. Por una parte, es preciso que el tiempo de los hombres pase a formar parte del mercado, se ofrezca a quienes quieren comprarlo, y se compre a cambio de un salario; es preciso, por otra parte, que el tiempo de los hombres se transforme en tiempo de trabajo. Y por eso en toda una serie de

4. Michel Foucault, “La verdad y las formas jurídicas”, en *Estrategias de poder. Obras esenciales II*. Barcelona, Paidós, 1999, p. 159.

instituciones nos encontramos con el problema y con las técnicas de la extracción máxima del tiempo.⁴

Unas cuantas décadas después requerimos de otras categorías para tratar de seguirle el paso a tan dinámica realidad: el *tiempo de trabajo* ya no se sostiene por sí mismo, ahora requiere de un acompañante, el *tiempo de consumo* y las estrategias más adecuadas no para extraerlo sino para ampliarlo y fijarlo, aprisionarlo. Además, como señala Foucault, si en su contexto histórico la inserción local, *localización*, fue una forma de control, ahora la *deslocalización* asociada con el tiempo de consumo es la forma esencial de las nuevas estrategias de poder, la cual se logra mediante la desestructuración entre la percepción de la realidad objetiva y la percepción de la realidad virtual en dos procesos separados, cuyo resultado es la hegemonía de la segunda.

A principios del siglo xx (1914), Vladimir Ilich Lenin escribe y publica un libro que será fundamental en los acontecimientos por venir, *El imperialismo fase superior del capitalismo*, en el cual expone su análisis del momento en que a su juicio se encuentra el desarrollo capitalista y cuya etapa inmediata será, ineluctablemente, la revolución socialista. Las fuerzas productivas habrán llegado a tal punto de desarrollo que la crisis generalizada del sistema es altamente probable, o mejor aún, provocable por la acción organizada de los revolucionarios. En su texto demuestra cómo los enormes saltos tecnológicos provocan una considerable dinamización de la producción y con ello el surgimiento de los monopolios que concentran enormes volúmenes de mano de obra, energía, tecnología y, por supuesto, capital.

En el primer apartado del libro, Lenin hace una detallada descripción de la curva ascendente, si no es que salto mortal, de los niveles de producción gracias a las nuevas tecnologías del va-

por y la electricidad a finales del siglo xix y principios del xx, así como de la concentración de la energía disponible para las empresas y consecuentemente de maquinarias, equipos y mano de obra, “unas decenas de miles de grandes empresas lo son todo; los millones de pequeñas empresas no son nada.”⁵ De manera harto sintética, describe la tendencia al monopolio y un fenómeno paralelo, la combinación de procesos productivos, que darán un impulso gigantesco a la producción de bienes materiales. La gran ventaja de los nacientes cárteles es que pueden destinar esfuerzos importantes a la innovación tecnológica, esto es no sólo aprovechar las aplicaciones de la energía emergente (la electricidad) sino también crear nuevos dispositivos para aumentar y mejorar la producción, “elevar la técnica y reducir los gastos”. En unas pocas décadas se saturan los mercados y la economía capitalista entrará en sucesivos ciclos recesivos.

Si la clase obrera llegó o no al paraíso es otra historia, “así pasa cuando sucede”, sentencia Pedro Grullo, lo cierto es que el capitalismo tan atinadamente analizado por Lenin no sólo sobrevivió sino que operó una singular metamorfosis de cambiarlo todo para no cambiar nada, y es en esta “bisagra histórica” donde surge el *consumismo* como un recurso que resultará altamente rentable y vivificante para un capitalismo que agoniza.

Sin pretender hacer una historia del consumismo, deben observarse algunos aspectos relevantes de un fenómeno social, económico, cultural y político totalmente inducido y manipulado en una gran operación de reorganización social e ideológica, tal como lo describe Rifkin:

El fenómeno del consumo de masas no se produjo de forma espontánea, ni fue tampoco la consecuencia inevitable de una insaciable naturaleza humana. Más bien

5. Vladimir I. Lenin, *El imperialismo fase superior del capitalismo*. Moscú, Progreso, 1975, p. 12.

al contrario. Los economistas de fin de siglo observaron que los trabajadores se conformaban con ganar lo justo para vivir y para permitirse algunos pequeños lujos básicos, y que preferían tener más tiempo de ocio en lugar de ingresos adicionales como consecuencia de una mayor cantidad de horas de trabajo. De acuerdo con los economistas de la época, como, por ejemplo, Stanley Trevor y John Bates Clark, a medida que los ingresos de las personas se incrementaban, su empleo era cada vez menor, provocando, por lo tanto, que cada uno de estos incrementos fuese menos deseable. El hecho de que los trabajadores prefiriesen cambiar horas adicionales de trabajo por horas adicionales de ocio se convirtió en una gran preocupación para los hombres de negocios cuyos inventarios de bienes se hacían rápidamente en sus plantas de fabricación y en sus almacenes por toda la nación.⁶

Este gigantesco cambio en los valores y las prácticas de la vida cotidiana ha sido una de las programaciones sociales más duraderas y profundas en la historia humana, sólo comparable con la implantación y expansión de las religiones:

La transformación del americano medio de una psicología basada en el ahorro a una basada en el consumo, se mostró tarea ardua y difícil. La ética protestante del trabajo, que había dominado el comportamiento del americano de frontera, estaba profundamente enraizada en el comportamiento general.⁷

Los incipientes medios de comunicación de masas de finales del siglo XIX y el *marketing* serán las dos grandes palancas del cambio,

para con ellas lanzar ininterrumpidas dosis del “nuevo evangelio económico del consumo”. El telón de fondo de la naciente acción mediática será el discurso de la renovada tecnoutopía que anunciaba el advenimiento de una era de felicidad, bienestar, progreso y, aun, paz y concordia entre los hombres. De esta forma, “la comunidad empresarial americana se propuso cambiar radicalmente la psicología que había construido una nación —su objetivo era convertir a los trabajadores americanos desde la postura de inversores en el futuro, a la de consumidores en el presente”.⁸

Un siglo después, la sociedad de consumo y el surgimiento de las tecnologías digitales se han sintetizado en una nueva percepción y práctica del tiempo (*tiempo virtual*) y del espacio (*deslocalización*), esto es una síntesis sumamente comprimida de ambos que nos achica y nos acelera tan vertiginosamente que apenas si podemos seguirle el paso. Su impacto en las relaciones humanas es literalmente una licuadora de conceptos, de ideas, de convicciones, de compromisos, de perspectivas, cuyo resultado es la *sociedad líquida* (Bauman). En esta sociedad líquida las redes sociales son un concepto nuevo que representa con exactitud las nuevas condiciones de las relaciones humanas, el consumo incesante de vidas, de afectos, de modas, de tiempo a la manera de un continuo de conexión-desconexión altamente inestable.

Las redes sociales, y su intrincada dinámica de conexión-desconexión, están profundizando aceleradamente los dos fenómenos mencionados, la compresión y reducción del tiempo vital o mejor dicho su expropiación en favor del consumo, y la alteración de las capacidades de diferenciación y articulación de la percepción de la realidad objetivada y la realidad virtual.

Respecto del primero debe recordarse que la plataforma llamada Facebook nació como modelo de dinamización de las comunicaciones y capaz de soportar y multiplicar a gran velocidad compo-

6. J. Rifkin, *op. cit.*, p. 58.

7. *Ibid.*, p. 52.

8. *Ibid.*, p. 61.

nentes publicitarios, esto es promover el “perfil” de éxito y de moda de las personas, lo cual representó un gran potencial para ampliarla hacia el consumismo abierto y de gran escala de bienes tangibles e intangibles. El naciente negocio mostró sus posibilidades en un tiempo sumamente breve y el incesante crecimiento de la red continúa en caída libre.

Los cientos de millones, si no es que miles de millones, de usuarios comprimen el tiempo de forma hartamente asfixiante, ¿cuál pudiera ser el número de conexiones-desconexiones que es posible realizar a través de ella? Prácticamente ilimitado si se *consume* el tiempo suficiente para intentarlo y si se realizan a velocidades cada vez mayores. El vértigo puede ser la vida misma, la necesidad se convierte en *compulsión-adicción*. ¿Qué podemos expresar, sentir, intercambiar, dialogar o conocer a velocidades cada vez mayores? Tendríamos que entrar en nuevas dimensiones y cualidades de percepción y procesamiento de la realidad, pues de otra forma deviene la frustración, el desasosiego y la exclusión del mundo de las redes. Estás *out*. Consumismo y tiempo crecientemente comprimido son dos caras de la misma moneda, uno no es posible sin el otro. Las redes sociales, en tanto nuevo espacio de realización de la vida líquida, deviene en institución de sometimiento y catalizador de las formas efímeras de la conexión-desconexión y de la compraventa de personas y personalidades, mediante el control y recreación del tiempo social, o como señala Foucault en *La verdad y las formas jurídicas*, “La extracción de la totalidad del tiempo es la primera función de estas instituciones de sometimiento. Sería posible mostrar, también, cómo en los países desarrollados este control general del tiempo pasó a ejercerse mediante el consumo y la publicidad”.⁹

Los efectos en la percepción-creación de la realidad son devastadores, desde la inducción de comportamientos somáticos y la destrucción de conocimiento hasta los desdoblamientos de la persona-

lidad (perfiles de “éxito”, “moda”, “físico”, “estatus”, etcétera), como moneda corriente de un intercambio cuya violencia más sutil es el autosometimiento a las condiciones impuestas por las redes y por los intereses económicos e ideológicos que las sustentan. Una singular forma de creación de la “verdad”, la mercantilización de los procesos vitales convertidos en artículos de consumo, tal como la describe Zygmunt Bauman:

El mercado ejerce actualmente de mediador en las tediosas actividades que intervienen en la formación y la finalización de las relaciones interpersonales, como son el unirse y desunirse con otra persona, el vincularse y el desvincularse de ella, el salir con alguien y el borrar luego su nombre de la agenda del móvil, etc. Influye en las relaciones interhumanas, tanto en el trabajo como en casa, tanto en público como en los espacios privados más íntimos. Reformula y reestructura los destinos y los itinerarios de las actividades vitales de manera que ninguno de ellos evite el paso por los centros comerciales. Narra el proceso de la vida como una sucesión de problemas eminentemente “resolubles” que, no obstante, precisan (y sólo pueden) ser solucionados por medio de instrumentos que sólo están disponibles en las estanterías de los comercios. Ofrece atajos tecnológicos a la venta en las tiendas para alcanzar objetivos que antaño eran básicamente accesibles recurriendo a las aptitudes personales, a la propia personalidad, a la cooperación amistosa y a las negociaciones cordiales. Suministra artilugios y servicios sin los que, en ausencia de habilidades sociales, la vida en sociedad, la vida con otros, la “relación con” otras

9. M. Foucault, *op. cit.*, p. 98.

personas y la construcción de un *modus co-vivendi* duradero supondrían tareas desalentadoras, incomprensibles e, incluso, prohibidas para un número creciente de personas.¹⁰

En este contexto, la percepción y la construcción de la realidad han licuado dos modalidades fundamentales de ello, la realidad objetivada, material e inmaterial, como forma física e intercambios intangibles, y la realidad virtual que sabemos que no existe pero que es, que forma parte de nuestra construcción humana en muy diversas formas y muy marcadamente en la condición narrativa mediante la cual discurre la existencia. La capacidad para identificar y relacionar estos dos planos de la construcción de la realidad es lo que hace posible las conductas complejas, la articulación creativa de percepción-memoria-acción. El viaje continuo entre uno y otro plano y la síntesis dialéctica entre ambos permite que la narración se constituya como una construcción específica de la realidad pero que no suplanta la modalidad objetivada sino que la complementa, la enriquece.

La cultura y la construcción de conocimiento parten de una base violenta que transforma y que somete, que construye y que traspasa, desgarrar y modifica, moldea y trasforma, limita y expande en una secuencia contradictoria que vivida como tal “parte”, “corta”, “secciona”, “separa” la realidad de distintas formas, por ello es necesario reconocerlas y volverlas a reunir creativamente.

Hace ya un par de décadas Giovanni Sartori en su polémico texto *Homo videns* advirtió sobre la “fabricación” de realidades y la suplantación de hechos por medio de la imagen televisiva y los efectos de ello en la degradación de las capacidades de percepción y de formación de criterios. Se disuelve la diferencia entre *ver* (fisiológico) y *mirar* (cultural), quedamos reducidos al acto fisiológico que

sólo recibe estímulos pero que no los procesa, no los “lee”, no los interpreta, el entendimiento, base para la construcción de juicios de valor y formación de criterios, se licua en un aletargamiento de los sentidos, una pereza mental sumamente confortable propia del consumismo. Existen culturas visuales altamente sofisticadas, más aún, la humanidad se modificó de muchas maneras durante milenios sin necesidad de la palabra escrita, el punto divergente, a diferencia de lo que sugiere Sartori, no es contraponer lo puramente gráfico y visual a la importancia de la cultura escrita sino el fenómeno aletargante inducido desde los medios audiovisuales.

La capacidad de abstracción está íntimamente relacionada con la lectura simultánea de distintos planos espacios-temporales de la realidad, y los medios masivos (ahora digitales y de red) tienden a “sintetizarlos” en uno solo para entregarnos una sola versión de la realidad (sin distinciones objetiva y virtual, pasado-presente-futuro, lejos-cerca, etcétera), con las cuales podamos construir versiones complejas y dinámicas de la realidad.

La tecnología digital y las redes sociales han dado un salto gigantesco en este sentido, con lo cual al sometimiento del tiempo debe agregarse el sometimiento del cuerpo, de sus capacidades y aun de su movilidad física, al desplazar la realidad objetivada de la conciencia de los hombres para suplantarla mediante la hegemonía de la realidad virtual. Una vez más una manera singular de construir la verdad.

El artista griego Milton Manetas da algunas luces al respecto en la entrevista realizada por Andrea García Cuevas (revista *Código*):

¿Cómo concibes el espacio en tus obras, sobre todo con respecto a la noción de realidad virtual?

–Toda la realidad virtual se ha convertido en

10. Z. Bauman, *op. cit.*, p. 144.

real (probablemente siempre lo ha sido). Vivimos en la era de la “metapantalla”, la gente está ahora “dentro de la perspectiva”. Cuando empecé a hacer arte con computadoras y videojuegos éramos pocos experimentando con el medio, ahora cualquier persona con una computadora es un artista [...]

¿Consideras que se ha sobreexplotado la relación con la tecnología digital?

–[...] En los últimos 13 años, con internet y todas las plataformas que se han desarrollado, he vivido profundamente hipnotizado. Después del primer Pabellón de internet traté de detener ese hechizo y tuve mucho éxito, pero después volví a caer en la trampa porque la mujer que amo, la madre de mi hijo, ha empezado a encontrar más placer al mirar su iPhone que mi cara. Así que comencé a rezar por la “desconexión”, por eso hice una Iglesia de internet en Venecia, con los “desconectados” como santos. Necesitamos ser guiados en la trayectoria de la desconexión, no es una cosa tan simple como borrar nuestra cuenta de Facebook, por ejemplo. Es algo que nos pertenece a nosotros mismos y a las futuras generaciones.

Estas sutiles y sofisticadas formas de control y de ejercicio del poder nos adentran en una nueva época del capitalismo en la que nosotros mismos pulimos y afianzamos nuestras cadenas o, peor aún, cavamos la tumba de nuestra propia degradación intelectual y mental. La sociedad disciplinaria de Foucault, las visiones del Gran Hermano de Orwell, y el mundo feliz de Huxley palidecen ante las nuevas realidades sociales e intelectuales que cantan mara-

villas a la renovada tecnoutopía personificada por las redes sociales sin advertir que son loas al poder renovado que se expresa cada vez más sutil y benévolo, pues no podría ser de otra forma según Foucault:

Cuando se definen los efectos del poder recurriendo al concepto de represión se incurre en una concepción puramente jurídica del poder, se identifica al poder con una ley que dice no; se privilegia sobre todo la fuerza de la prohibición. Me parece que ésta es una concepción negativa, estrecha, esquelética del poder que era curiosamente algo aceptado por muchos. Si el poder fuese únicamente represivo, si no hiciera nunca otra cosa más que decir no, ¿cree realmente que se le obedecería? Lo que hace que el poder se aferre, que sea aceptado, es simplemente que no pesa solamente como una fuerza que dice no, sino que de hecho circula, produce cosas, induce al placer, forma saber, produce discursos; es preciso considerarlo más como una red productiva que atraviesa todo el cuerpo social que como una instancia negativa que tiene como función reprimir.¹¹

Cabría enfatizar las palabras de Foucault, el poder circula, produce cosas, induce al placer, forma saber, produce discursos, ¡y que mejor que lo haga en red!, diría don Pedro Grullo.

11. M. Foucault, *op. cit.*, p. 78.